

El Hogar

El mundo es grande y el corazón pequeño. Quizá a ello se deba el que el corazón, para llenarse de gozo, necesite, no el gran mundo, sino aquel palmo de terreno, aquel rincón donde encuentra amor.

(Mons. Probaszka)

Y cuál es el palmo de terreno en donde el pobre corazón humano puede llenarse de gozo?... Es... ¡El hogar!

Si deseáis reunir toda la felicidad que el mundo os promete, no vayáis lejos a buscarla, la tenéis aquí, en este rincón pequeño y amoroso.

Ven conmigo, mujer; entra despacio, no noten nuestra presencia; así podremos contemplarlo tal como es.

No sé el tiempo que allí estuvimos viendo pasar ante nosotras aquel conjunto de pequeñas acciones, que son como piedrecitas que van formando el bello edificio de la dicha familiar. Mi acompañante permanecía como extasiada ante aquellas escenas y, sin poderse contener, exclamó: «¡Esto sí que puede recibir el santo nombre de hogar...!» Gozan juntos, sufren juntos, rezan juntos... ¡Qué divina armonía brota de esta amorosa unión! ¡Cómo ríe el corazón, aun cuando los ojos lloran!... ¡Si hubiera muchos hogares así, la tierra sería un nuevo paraíso!

El hogar cristiano es un trocito de cielo en la tierra. ¡Cuántas mujeres han hecho de él un purgatorio sin mérito ni purificación!

Qué bien lo comprendía aquel poeta (M. de Góngora) que, preguntándose dónde había de buscar el amor y dónde había de cantarlo y ensalzarlo, nos dice: «Buscadlo en el hogar, cantadlo y ensalzadlo también en el hogar, en la casa». Y a continuación: «Es allí donde se descansa en la remansada quietud del limpio goce conseguido y se ríe con las más nobles sonrisas y los más puros e inefables placeres del espíritu».

«A mí, el hogar se me hace insoportable», nos decía una de esas señoras que frecuentan todos los restaurantes de moda. La respuesta quedó ahogada entre mis labios por todas esas razones que debe tener la juventud cuando habla con personas que le sobrepasan en edad. Le hubiera dicho: Señora, no llame hogar a una casa que tiene toda la semejanza de un hotel en donde se pasa solamente una parte del día.

«El hogar poco vivido,
tarde o nunca comprendido».

Joven, prepárate para la misión grandiosa del hogar. Si todas las profesiones, aun las más sencillas, exigen unos años de preparación, ¿cómo no ha de necesitarlos ésta, que es la más sublime de todas las carreras?...

Y nos sigue diciendo el mismo poeta: «El hogar es el oasis rumoroso de nuestro desierto». Luego, a la mujer podríamos compararla con esas palmeras que, vistas a lo lejos, nos anuncian su proximidad.

Seamos conscientes de nuestra misión, para que el oasis que anunciamos, no sea tan sólo un espejismo en el desierto de la vida.

Marispe.